

de combate. Pero cuando debajo de esta partida tremenda, inscribamos en millares de millones las sumas de moneda consumida, las indemnizaciones, las requisiciones, las asolaciones, las ciudades arrasadas, las provincias taladas, lo incalculable de los cultivos, de las florestas, de los campos, donde a la población sucedió la soledad y a las cosechas sucedió la hecatombe, la imaginación retrocederá despavorida. No hicieron tanto esos antiguos déspotas chinos, cuya carnicería apenas alcanzaba a suprimir un millón de vidas en decenas de años de reinado, ni esos conquistadores orientales que señalaban con pirámides de cráneos humanos el paso de sus armas.

* * *

Si «las guerras de resistencia a la agresión o las de socorro a los oprimidos han dado motivo a espléndidas irradiaciones de heroísmo», es que ellas nacen de la conciencia jurídica en los que se defienden, o de la abnegación por la solidaridad humana en los que se sacrifican. Esas mismas proezas de verdadero heroísmo, el de aquellos que se matan por el derecho, suyo o ajeno, constituyen la más directa condenación de la guerra, que baila su danza macabra sobre esas virtudes, y alfombra con esas vidas preciosas el campo abominable de sus mataderos.

Sacad esas excepciones, en las cuales lo que brilla no son los beneficios de la guerra sino las palmas de sus mártires, y lo que la historia nos enseña es que la guerra nace de la tiranía, o la engendra, que la guerra choca con las instituciones libres y las destruye, que la guerra deshumaniza las almas y las corrompe, que la guerra descristianiza las sociedades y las barbariza, que la guerra divide los pueblos en castas y los esclaviza, que la guerra atenta contra Dios y profana su nombre, asociándole a los más horrendos salvajismos. Las naciones que se dicen organizadas por ella, constituídas para ella y por ella engrandecidas, son máquinas de combate, mecanismos de agresión, donde en la piel de cada individuo está me-